



VI Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2004.

CATEGORÍA INFANTIL: Primer Premio
Relato premiado: “Aventura en el Moncayo”.
Autor / a: Elisa Sanz Monclús. Zaragoza.

AVENTURA EN EL MONCAYO

Había una vez en Aragón, un pueblecito llamado Grisel, en el las personas eran felices, menos un anciano muy solitario, con fama de oscuro y manipulador llamado Rusto al que le encantaba hacer sufrir a la gente, era tanta su maldad, que no sabían que hacer con el, hasta un día en el que decidieron echarlo del pueblo.

El hombre enfadado se marchó al bosque, allí se convirtió en el mago más temido de todos los tiempos, con ayuda de sus malvados amigos buscó todas las maneras posibles de destruir aquel pueblo, hasta que en un libro leyó:

- Hada prodigiosa de pequeño tamaño, capaz de conceder cualquier deseo por muy grande que sea.-

Estas palabras emocionaron a Rusto, si, si, que os creéis, ¿que Rusto no tiene sentimientos?. Por supuesto que si, pero todos son malos. Bueno a lo que iba, Rusto preparó una pócima para capturar al hada, que por cierto se llamaba Luna, y así utilizar su poder.

Fue al bosque, buscó y buscó hasta que para su sorpresa, la vio muy atenta comiendo un banquete de fruta en un árbol muy alto. Era maravillosa, pequeña, con alas de purpurina y llevaba una túnica anaranjada suave y fina. Rusto la miraba codiciosamente con sus ojos rojos y malvados.

Como no podía subir, hizo un hechizo y como una nube negra y en un santiamén estaba en la rama, tan despistada estaba, que Rusto la pilló por sorpresa. Luna no pudo hacer nada, pues el mago había bloqueado sus poderes con unas palabras malignas. Rusto abrió el colgante que pendía de su cuello y

por el efecto mágico el hada quedo atrapada en el .

Rusto, se fue apoderando de todos los pueblos de la comarca uno a uno, sin piedad de nadie ni de nada, Luna lloraba siempre que tenía que hacer las órdenes del mago.

Después de mucho tiempo, Rusto se hizo muy anciano, estaba rodeado de riquezas por todas partes, en esto un día se fue al bosque para esconder su mayor tesoro, el colgante que con Luna dentro había estado tanto tiempo a su servicio, y seguía siendo tan codicioso que nunca la soltaría, no se fiaba de nadie, porque creía que le querían robar. Al regresar del bosque Rusto se desplomo en su cama y murió.

Todos sus bienes los enterraron con el en una cueva. Con el pasar de los años, nadie en la comarca se acordaba de Rusto, la tranquilidad reinaba en el Moncayo y solo como una leyenda antigua el mago quedaba en la memoria de la gente. Grisel era un pueblo tranquilo y pacífico, con sus campos verdes, granjas de animales y su pequeño pantano de riego.

En una casa cerca del Moncayo, vivían unas personas mayores, sus nietos Sonia y Eduardo iban a pasar el verano para verlos, la niña era rubia con trenzas y tenía ocho años, el niño era moreno, con el pelo corto, muy simpático tenía nueve. Los dos se querían mucho, jugaban a pillarse por la montaña, a veces bajaban al pueblo para estar con sus amigos .

Una noche, los niños estaban con sus abuelos, una tormenta caía con fuerte viento y muchos relámpagos. Después de cenar, frente al fuego el abuelo les contó una historia, nada más y nada menos que la antigua leyenda del malvado Rusto. Eduardo y Sonia, al oírla se asustaron, la abuela exclamó:

- Deja de asustar a los chicos. ¡ Venga iros a dormir que es muy tarde!.

- No por favor, queremos oír el resto - Contestaron a coro.

Pero no les hicieron caso y tuvieron que ir a su habitación.

Esa misma noche , mientras los niños dormían, su deseo de conocer la historia llego al hada Luna, que llevando cientos de años encerrada en el medallón de Rusto, reunió todas sus fuerzas y poderes, con un resplandor salió libre del encierro, agotada por el esfuerzo, entre la lluvia de la noche fue a caer en el bordillo de la ventana donde los dos hermanos dormían.

Los niños se despertaron temprano, Luna estaba agotada, no le quedaban fuerzas para levantarse, vio a Sonia y Eduardo jugando y siguió sin poder moverse, al rato Eduardo se acercó a la ventana y dijo:

- Sonia ven corriendo, mira lo que he encontrado.

- ¿Que es eso?, parece el hada de la historia del abuelo. Cógela pobrecita.

Fueron dentro de casa y la calentaron cerca del fuego. Luna empezó a recuperarse, miro a los niños que también le habían tratado y empezó a hablar.

- Soy Luna, un hada que cumple deseos y...¿ Vosotros quienes sois ?- pregunto.

- Yo me llamo Eduardo y ella es Sonia mi hermana, no te preocupes, no te haremos daño- dijo Eduardo tranquilizándola.

Luna les contó la historia de Rusto, los niños sorprendidos,

reconocieron la leyenda que su abuelo les contó, y se propusieron ayudar a Luna a llegar al Moncayo.

Mientras tanto, en la misteriosa tumba de Rusto, su espíritu se despertó amenazador, estaba ocurriendo algo inesperado ¡Luna había escapado del colgante!.

Para disimular, los dos hermanos prepararon unos bocadillos y pidieron a sus abuelos permiso para pasar el día de excursión en el Moncayo. Mientras caminaban Eduardo se encontró con una rana de color rojo oscuro que les dijo:

- Hola. ¿Donde vais por este bosque?.

- Vamos al Moncayo- respondieron extrañadísimos de oír hablar a una rana.

-Aaaaa, pues este es un mal camino, tenéis que girar por aquí - les mintió la rana.

Luna que no se fiaba ni un pelo, porque ella nunca había ido por allí, le dijo:

- ¿Como sabemos que podemos estar seguros de que dices la verdad?.

- ¿ Osáis desconfiar de una rana que no haría daño ni a una mosca?.

Al final, no muy convencidos se fueron por donde les indicó la rana, por si acaso. Pero cuando llevaban bastante rato andando, se encontraron en un camino tenebroso, oscuro, con árboles sin hojas, sentían como miles de ojos acechando en la oscuridad. Sonia empezó a tener miedo, Luna seguía sospechando si la rana les había indicado el buen camino y se lo comento a sus amigos.

- No puede ser, parecía muy sincera- le dijo Sonia sollozando.

- Lo sabía, me temía lo peor, nunca me volveré a fiar de una rana verrugosa, por mucho que hable.- respondió Eduardo.

Dieron media vuelta y se metieron por muchas cruces y caminos, hasta que tuvieron suerte y llegaron a una especie de refugio, agotados entraron y se sentaron en una mesa para cenar. Al principio no repararon en la persona que sentada en otra mesa los observaba, el ala del sombrero ocultaba su rostro, hasta que Luna dijo:

- Eduardo, esta persona me suena , pero no se de que.

- No te preocupes, vamos a presentarnos, igual nos puede ayudar- respondió el niño.

Se acercaron a su mesa diciendo:

- Hola, somos Eduardo y Sonia, nos vamos a quedar a dormir.

-Mi nombre es Oliver, encantado, voy al Moncayo. ¿Vosotros donde vais a ir?.

-Nosotros también vamos allí. ¿Podíamos ir juntos?. ¿Que le parece?.

Todos se pusieron de acuerdo, al día siguiente a primera hora marcharían. La noche fue tranquila, pero en su rincón Rusto planeaba, mejor dicho maquinaba su maléfico plan para poder volver encerrar a Luna.

Al amanecer salieron del refugio, Rusto pensaba llevarlos por el

bosque negro para que la bestia que allí vivía se los comiera y poder atrapar a Luna. Al atardecer, llegaron a un camino muy extraño, una niebla espesa los envolvió dejándoles el corazón helado, Oliver les decía que era normal pero Luna, recordando de repente su rostro dijo:

-¡Impostor!, ¡Mentiroso!, no te llamas Oliver. Eres Rusto el malvado mago.

- Si, soy yo. Sabía que me descubrirías al final.

Los niños estaban asustados, Rusto en un ágil movimiento agarró a Luna, creo una nube de humo y se fue dejándolos solos, los hermanos asustados no sabían que hacer, solo se les ocurrió seguir corriendo por el camino llamando a su amiga Luna. Cada vez el sendero era mas estrecho y encharcado, justo a la vuelta de un árbol, vieron a lo lejos una casucha.

Los hermanos avanzaron entre los árboles acercándose a la cabaña, se asomaron a la ventana más baja y contemplaron lo que sucedía en su interior, Luna estaba encerrada en una jaula colgada de la pared, pero no vieron a Rusto por ninguna parte, la olla de hacer pocimas estaba en el fuego y las sombras que proyectaba en las paredes daban miedo a los niños, haciendo un esfuerzo, abrieron la ventana y entraron en la estancia, al verlos Luna, su cara reflejo una mueca de angustia y miedo, Eduardo y Sonia no lo entendían, pero ya era tarde, una de las sombras de la pared se abalanzo sobre ellos, ¡era Rusto que los estaba esperando!. Corrieron hacia la puerta, pero estaba cerrada, era una trampa y el mago les cerraba el paso de la ventana.

En esta situación desesperada, Eduardo y Sonia se acordaron de Luna ¡eso era!, Luna solo podía hacer magia si alguien se lo pedía, le gritaron -¡ Luna, haz que Rusto vuelva a su tumba y no regrese nunca más !.

Los labios del hada se movieron en una serie de palabras que no podían entender, era sorprendente que de una boca tan pequeña, saliera una voz que crecía y crecía tan fuerte que lleno la cabaña y como un estallido de un trueno, Rusto moviendo las manos desesperado, desapareció delante de la vista de todos.

Luna y los niños salieron de la cabaña corriendo, Sonia volvió la cara para mirarla pero, la cabaña había desaparecido, a su alrededor no quedaba nada, estaban en la cima del Moncayo de tan fuerte que había sido el conjuro.

Respirando profundamente, Luna abrazándoles les dijo:

- Este es el final de nuestro viaje, me alegro de haber corrido tantas aventuras con vosotros, os he cogido mucho cariño.

Para acabar, un deseo.

- Deseamos volver a casa. Te echaremos de menos- le dijeron los niños a coro.

Con un nuevo hechizo, en un santiamén estaban en la puerta de la casa de sus abuelos.

Empezaba anochecer, desde sus camas Eduardo y Sonia podían contemplar por la ventana la sierra del Moncayo y encima de ella, una luna llena que les sonreía.